

STORIES93.COM

STORY IN SPANISH

AMY HEMPEL

LA COSECHA

El año en que empecé a decir florero en vez de tiesto, un hombre al que apenas conocía estuvo a punto de matarme accidentalmente.

El hombre no sufrió ninguna herida cuando el otro coche chocó contra nosotros. El hombre, al que había conocido hacía una semana, me sujetaba en el asfalto de una manera que daba a entender que era mejor que yo no me viese las piernas. Recuerdo que sabía que no debía mirar, y sabía también que miraría si él no me lo impediese.

El frontal de su ropa estaba manchado con mi sangre.

—Tú te pondrás bien, pero este jersey está para tirarlo a la basura —me dijo.

El miedo al dolor me hizo gritar. Pero no sentía dolor alguno. En el hospital, después de que me pusieran unas inyecciones, supe que había dolor en la habitación..., sólo que no sabía de quién era ese dolor.

Una de mis piernas necesitó cuatrocientos puntos de sutura. Cuando se lo contaba a la gente, se convertían en quinientos, porque nunca nada es tan malo como podría serlo.

Los cinco días que tardaron en saber si podrían salvarme la pierna o no los alargaba a diez.

El abogado era el único que usaba esa palabra. Pero no llegaré a esa parte hasta dentro de un par de párrafos.

Hablábamos del físico, de lo importante que es. Crucial, diría yo.

Creo que el aspecto físico es crucial.

Pero aquel tipo era abogado. Se sentaba en una silla de plástico que acercaba a mi cama. Lo que él entendía por físico era lo que valdrían ante un tribunal de justicia los daños ocasionados en mi físico.

Me atrevería a jurar que al abogado le gustaba decir tribunal de justicia. Me contó que había tenido que examinarse tres veces antes de poder ingresar en el colegio de abogados. Me dijo que sus amigos le regalaron unas tarjetas espléndidamente

impresas, con las letras en relieve, pero que donde tenía que poner Abogado ponía Abogado Por Fin.

Había conseguido a esas alturas tantas indemnizaciones, que yo no podría aspirar ya a convertirme en azafata de vuelo. El hecho de que a mí nunca se me hubiese ocurrido convertirme en tal cosa era, según él, algo legalmente irrelevante.

—Hay otro asunto —me dijo—. Tenemos que hablar de la cuestión de la nubilidad.

Lo normal era que yo hubiese salido con un ¿nubiqué?, aunque sabía, desde que lo mencionó, lo que significaba aquello.

Yo tenía dieciocho años, así que le dije:

—En principio, ¿no podemos hablar de parejabilidad?

El hombre al que conocía de una semana ya no iba a verme al hospital. El accidente le hizo volver con su mujer.

—¿Crees que el físico es importante? —le pregunté al hombre antes de que se marchase.

—Al principio no —me contestó.

En mi vecindario hay un individuo que era profesor de química hasta que una explosión le destrozó la cara y se la dejó descarnada. Lo que queda de él va siempre muy bien trajeado de oscuro y con zapatos brillantados. Cuando va a la ciudad universitaria lleva un maletín. «Qué consuelo», decía su familia y la gente. Hasta que su mujer cogió a los niños y se largó.

En el solárium, una mujer me enseñó una fotografía: «Éste era el aspecto que tenía mi hijo antes».

El anochecer lo pasaba yo en la zona de diálisis. A nadie le importaba que estuviese allí siempre y cuando hubiera un sillón libre. Había un televisor de pantalla panorámica que era mejor que el de la sala de rehabilitación. La noche de los miércoles veíamos un programa en el que unas mujeres vestidas con ropa cara aparecían en decorados lujosos y juraban destruirse entre sí.

A mi lado se sentaba un hombre que sólo pronunciaba números de teléfono. Si le preguntabas cómo se sentía, contestaba: «924-3130». O bien: «757-1366». Nos imaginábamos lo que esos números podrían indicar, pero la verdad es que nadie le echaba cuenta.

A veces, a mi otro lado se sentaba un chico de doce años. Tenía unas pestañas espesas y oscuras debido a la medicación que tomaba para la presión arterial. Era el siguiente en la lista de trasplantes, tan pronto como cosechasen un riñón —porque era ése el verbo que empleaban ellos: «cosechar».

La madre del chico rezaba por los conductores borrachos.

Yo rezaba por hombres que no fuesen demasiado exquisitos.

«¿No somos todos —pensaba yo— la cosecha de alguien?».

Transcurrida una hora, una enfermera de planta empujaba mi silla de ruedas y me devolvía a la habitación.

—¿Por qué veis esa basura? —me preguntaba—. ¿Por qué no me preguntáis cómo me ha ido el día?

Antes de acostarme, hacía quince minutos de ejercicios con una pelota de goma. Uno de los medicamentos estaba agarrotándome los dedos. El médico decía que tendría que tomarlo hasta que no pudiese abotonarme la blusa: una figura retórica para alguien que sólo llevaba un camisón.

—Obras de caridad —decía el abogado.

Se desabotonó la camisa y me mostró el lugar en que un acupuntor le había masajeadó el pecho con jarabe de cola, le había clavado cuatro agujas y le había dicho que la cura verdadera eran obras de caridad.

—¿La cura de qué? —le pregunté.

—Eso es irrelevante —me contestó.

Tan pronto como supe que me pondría bien, estuve segura de que me había muerto y no lo sabía. Me pasaba los días como una cabeza cercenada que logra terminar una frase. Ansiaba el momento de librarme de mi vida aparente.

El accidente tuvo lugar al atardecer, así que era en ese tramo del día cuando me afluaba con más fuerza esa sensación. El hombre al que había conocido la semana anterior me llevaba a cenar cuando ocurrió todo. Nos dirigíamos a un restaurante en la playa, en una bahía desde la que se divisaban las luces de la ciudad. Un sitio desde el que se veía toda la ciudad sin tener que oír su bullicio.

Mucho tiempo después, fui a aquella playa sola. Yo conducía el coche. Era el primer día bueno de playa. Llevaba puestos unos pantalones cortos.

En la orilla me desenrollé la venda elástica y fui metiéndome en el agua sin vacilar. Un muchacho, con traje de submarinista, se quedó mirando mi pierna. Me preguntó si me lo había hecho un tiburón. Había avistamientos de tiburones blancos a lo largo de aquella franja de costa.

Le contesté que sí, que me lo había hecho un tiburón.

—¿Y vas a volver a meterte en el agua?

—Voy a volver a meterme en el agua —le contesté.

Cuando cuento la verdad omito muchos detalles. Me pasa lo mismo cuando escribo una historia. Voy a empezar a contar lo que omití de «La cosecha», y quizá empieces a preguntarte por qué tuve que omitirlo.

No hubo ningún otro coche. Sólo hubo un coche: el coche que me embistió cuando yo iba de paquete en la motocicleta de aquel hombre. Pero hay que tener presente lo incómodo que resulta pronunciar todas esas sílabas: motocicleta.

El conductor del coche era periodista. Trabajaba para un periódico local. Era joven, recién licenciado, y acudía a una reunión de trabajo para cubrir la información relativa a una amenaza de huelga. Si hubiese dicho que yo era por aquel entonces estudiante de periodismo, es algo que tal vez no habrías admitido en «La cosecha».

Durante los años que siguieron, cada vez que abría el periódico buscaba la firma de aquel periodista. Fue él quien sacó a la luz los entresijos del Templo del Pueblo, lo que tuvo como consecuencia la huida de Jim Jones a la Guayana. Después cubrió la noticia del suicidio masivo que tuvo lugar en Jonestown. En la sala de juntas del San Francisco Chronicle, a medida que el número de víctimas iba elevándose hasta llegar a novecientas, las cifras eran anunciadas como si aquello fuese una maratón benéfica de donaciones. Entre los cientos de víctimas, un letrero clavado en la pared decía: CHÚPATE ÉSA, JUAN CORONA [Juan Corona, asesino en serie norteamericano que, en 1971, mató, en el plazo de seis semanas, a 25 trabajadores inmigrantes].

En la sala de urgencias, lo que le sucedió a una de mis piernas no requirió cuatrocientos puntos de sutura, sino poco más de trescientos. Exageré el número antes incluso de empezar a exagerarlo, porque es verdad que nunca nada es tan malo como podría serlo.

Mi representante legal no era ningún abogado-por fin. Era socio de uno de los bufetes de abogados más antiguos de la ciudad. Nunca se desabotonó la camisa para enseñarme las marcas de acupuntura, ya que él jamás hubiera hecho una cosa así.

«Nubilidad» era el título original de «La cosecha».

El daño ocasionado a mi pierna fue considerado cosmético, aunque aún hoy, quince años después, sigo sin poder arrodillarme. La noche antes del juicio llegamos a un acuerdo por el que yo recibiría una indemnización de casi cien mil dólares. La compañía aseguradora del periodista subió doce dólares con cuarenta y tres centavos mensuales.

Hubo quien insinuó que me había frotado la pierna con hielo, para exagerar las cicatrices, antes de levantarme la falda ante el tribunal, tres años después del accidente. Pero no había hielo alguno en el juzgado, de modo que no tuve ocasión de someterme a aquella prueba moral.

El hombre de una semana, el dueño de la motocicleta, no estaba casado. Pero, al creer tú que tenía mujer, ¿no tenía que hacer yo algo? ¿Y no me lo merecía?

Después del accidente, aquel hombre se casó. La chica con la que se casó era modelo. («¿Crees que el físico es importante?», le pregunté a aquel hombre antes de que se marchara. «Al principio no», me respondió).

Además de ser una belleza, la chica valía su peso en oro. ¿Habrías admitido en «La cosecha» que la modelo fuese también una rica heredera?

Es verdad que nos dirigíamos a cenar cuando ocurrió el accidente. Pero ese lugar en donde podías ver todo sin tener que oír nada no era una playa en la bahía. Era la cima del monte Tamalpais. La cena la llevábamos nosotros y subíamos por la serpenteante carretera de montaña. Ésta es la versión que contiene una ironía perfecta, así que no te importará si digo que, durante los meses siguientes, desde mi cama del hospital, tuve una visión espectacularmente ominosa de aquella montaña.

Habría añadido otra parte a la historia si alguien hubiese podido darle crédito. Pero, ¿quién se la habría creído? Yo estaba presente y no me lo creía.

La tercera vez que entré en el quirófano, hubo un intento de fuga en el Centro de Adaptación de Máxima Seguridad, contiguo al pabellón de los condenados a muerte, en la prisión de San Quintín. George Jackson, apodado El Hermano Soledad, un joven negro de veintinueve años, sacó una pistola del calibre 38 que le habían pasado de matute, gritó: «Esto se acabó», y abrió fuego. Jackson cayó abatido en el tiroteo, así como tres guardias y dos presidiarios que ejercían de camareros llevándoles la comida a los demás reclusos.

Otros tres guardias fueron apuñalados en el cuello. La prisión está a cinco minutos en coche del Hospital Marin General, de modo que trasladaron allí a todos los guardias heridos. El traslado de los heridos lo realizaron tres cuerpos diferentes de policía,

incluyendo la policía de carretera y los ayudantes del sheriff del Condado de Marin, fuertemente armados.

Policías con rifles fueron apostados en el tejado del hospital. También los había en los pasillos, desde donde indicaban mediante gestos a los pacientes y a las visitas que regresaran a su habitación.

Cuando me sacaron del posoperatorio, a última hora del día, vendada desde la cintura hasta los tobillos, tres policías y un sheriff armado me cachearon.

En las noticias de aquella noche, mostraron algunas imágenes del motín. Sacaron a mi cirujano hablando con los periodistas, a los que indicaba, con un dedo en la garganta, cómo le había salvado la vida a uno de los guardias cosiéndole una brecha que iba de oreja a oreja.

Lo vi en la televisión y, dado que se trataba de mi médico, que los pacientes del hospital estamos ensimismados y que yo estaba drogada, pensé que el cirujano hablaba de mí. Pensé que decía: «Bueno, ella ha muerto. Se lo estoy comunicando en su propia cama».

La psiquiatra que me atendió a petición del cirujano me aseguró que esa sensación era normal. Me dijo que las víctimas de un trauma no asimilado creen a menudo que están muertas y que no lo saben.

Los grandes tiburones blancos que se deslizan por las aguas cercanas a mi casa atacan de una a siete personas al año. Su presa principal es el abulón. Teniendo en cuenta que el medio kilo de abulón cuesta treinta y cinco dólares, y que su precio sigue subiendo, el Ministerio de Pesca confía en que los ataques de tiburones no merme la población de abulones.